

LA UNIÓN EUROPEA Y AMÉRICA LATINA

M. MARÍN
Comisario Europeo

LA UNIÓN EUROPEA Y AMÉRICA LATINA

América Latina, continente con una historia compleja, con una rica experiencia de desarrollo institucional, político y económico tras de sí, se encuentra en un período de mutación y cambio.

La salida de este proceso condicionará su papel en el orden mundial que se está configurando.

Dicha salida no deberá ser el producto de ciegas fuerzas históricas, sino el resultado de opciones, estrategias y políticas decididas en el seno de instituciones democráticas.

En este período de mutación y cambio se dan cita múltiples elementos contradictorios.

¿Cuáles son los principales elementos positivos?

En mi opinión hay al menos tres que son absolutamente fundamentales:

- la generalización de la democracia,
- un doloroso proceso de aprendizaje sobre la gestión moderna de la economía,
- y la reducción por el próximo éxito económico del potencial de conflicto social.

Importancia del proceso democratizador

El primer y más importante elemento positivo es la significación —inmensa— del actual momento democrático que vive América Latina.

Por primera vez en la historia todos los gobiernos latinoamericanos, con una excepción, han llegado al poder a través de elecciones democráticas y libres.

Los ideales democráticos, íntimamente ligados al proceso político latinoamericano desde la independencia y a figuras señeras como Bolívar o Sucre, tienen hoy, finalmente, en América Latina, más vigencia que nunca.

El sistema democrático se ha convertido —por fortuna ya, en el marco de referencia de todos o de casi todos.

Ahora bien, la democracia no constituye, en sí misma, la palanca mágica que permita arrancar a los pueblos de las situaciones de subdesarrollo o de escaso desarrollo relativo.

Son precisos muchos esfuerzos adicionales.

Pero hoy no cabe la menor duda de que el sistema democrático es condición necesaria, aunque no suficiente, para el progreso económico de la región.

Un nuevo aprendizaje

Un segundo elemento positivo se refiere, precisamente, a un componente esencial de esos esfuerzos adicionales: las ideas que inspiran la acción.

América Latina ha experimentado muchas ideas para favorecer el proceso de desarrollo económico. Desde el énfasis en la exportación de productos agrarios tradicionales, en qué tan rica es la región, a la industrialización a través de la sustitución sistemática de importaciones, en un esquema de introversión y de crecimiento hacia adentro.

Los resultados de estas estrategias y de las ideas que buscaban una vía al desarrollo específicamente latinoamericana llevaron a la región a una situación delicada.

Sin embargo, América Latina no tiene sólo tras de sí una «década perdida» en lo económico, como se califica frecuentemente a los años ochenta, sino también la década de un aprendizaje doloroso.

En ese proceso América Latina ha aprendido que las estrategias de desarrollo seguidas en el pasado no constituyen la vía adecuada para el crecimiento en un entorno caracterizado:

- por la interdependencia global,
- la aceleración tecnológica,
- y la hipermovilidad de los factores de producción, sobre todo el capital.

Ha aprendido a desconfiar de soluciones populistas que no atacan la raíz de los problemas.

Ha aprendido que la racionalidad de las políticas económicas constituye la base esencial para asegurar el fortalecimiento del aparato de producción y distribución.

La reducción del potencial de conflicto social

El tercer y último elemento positivo es que América Latina sabe hoy que tiene la capacidad de favorecer respuestas creativas a los acuciantes problemas del desarrollo.

En los países en los que la política de creación de empleo ha generado puestos de trabajo y en los que el acceso a la educación y a la adquisición de un mayor nivel de destreza se ha generalizado, se ha visto reducida la lacra de la pobreza.

Una industrialización eficiente y competitiva ha ampliado el abanico de posibilidades nacionales.

La retórica de la integración de los años sesenta ha dado paso a experimentos más pragmáticos y meditados.

Los fracasos, por su parte, han puesto al descubierto las grandes resistencias al cambio pero también han clarificado cuál es el precio a pagar por políticas que no deben seguirse.

El potencial de crecimiento latinoamericano subsiste y a medida que se materialice en más éxitos, la capacidad de resolver los conflictos sociales ligados a la distribución recibirán nuevos estímulos.

Ahora bien, en el momento actual de mutación y cambio de América Latina, existen igualmente, según lo vemos en Bruselas, diversos factores de riesgo.

Deseo traer a colación aquí los dos que me parecen más significativos. Se trata de los riesgos que para el mantenimiento y fortalecimiento del sistema democrático se derivan de la crisis económica y social y la posibilidad de nuevas huidas hacia adelante, como en el pasado.

Factores de riesgo

Es una infeliz circunstancia que el triunfo generalizado del sistema e instituciones democráticas en América Latina, haya coincidido con la crisis económica latinoamericana más grave desde que tuvo lugar la gran depresión.

Ello plantea, en definitiva, la cuestión crítica de cuál es el nivel máximo de pobreza que puede soportar la democracia.

Es una cuestión que, por supuesto, no sólo afecta a América Latina.

Existen, por tanto, riesgos de acudir, de nuevo, a intentos voluntaristas para obviar la necesidad de movilizar las propias energías, económicas, institucionales, sociales y políticas.

Sin embargo, a pesar de todos los riesgos a corto y medio plazo no hay alternativa realista, sólida y de futuro, a la continuación y profundización de la reforma económica, ya bien avanzada en el terreno de las ideas pero susceptible de mucha mejor traducción en la gestión concreta.

Esta es, desde luego, una condición necesaria, aunque no sea una condición suficiente.

Responsabilidades de los países industrializados

El contexto internacional y las políticas de los países industrializados pueden inducir a ciertos países de América Latina a bascular de un lado a otro, en la mutación por la que hoy atraviesa toda la región.

La democracia no resistirá indefinidamente a la propagación generalizada de la pobreza.

Los problemas del sobre-endeudamiento no son exclusivamente latinoamericanos.

Que la región se convirtiera durante años en exportadora neta de capitales tiene mucho que ver con realidades externas a la misma. Sobre estas realidades los países industrializados tienen mucho que decir y todavía mucho que hacer.

La ruptura Este-Oeste del pasado —militar, ideológico, política y social— amenaza con ser sustituida por la ruptura Norte-Sur.

Ruptura económica primero, y social y política al final.

Nosotros, los países industrializados, que hemos asistido al fracaso en su última prueba, el de la historia, de los expertos alternativos al de la economía social de mercado, tenemos una responsabilidad evidente para evitar esta ruptura.

Los países industrializados, en mi opinión, no pueden ejercer su acción política sin una referencia permanente a sus propias responsabilidades mundiales.

Pero es que, además, los países industrializados, y por ende la Comunidad Europea, tienen mucho que ganar si se asienta definitivamente la reforma económica en América Latina.

Los procesos de apertura al exterior, de diversificación de la base exportadora y de mejora de la situación de balanza de pagos de las economías latinoamericanas no dejarían de aportar nuevos elementos de dinamismo a la coyuntura económica internacional.

Como ha señalado la OCDE, ello permitiría expandir las oportunidades de comercio e inversión y por ende contribuir a la redistribución global del peso de ajustes que han llegado a ser necesarios. Los yacimientos de crecimiento económico más importantes no se encuentran ya en los países industrializados sino en el potencial de crecimiento de los países en desarrollo y, en particular, de las economías emergentes.

El fracaso de la experiencia latinoamericana intensificaría problemas globales de índole económica y social y afectaría negativamente a las propias economías industrializadas. Es algo que no podemos permitirnos.

La comunidad Europea y América Latina

Hasta fecha reciente, las relaciones de la Comunidad como tal con América Latina no formaron parte de los capítulos en expansión de la acción exterior comunitaria.

Desde hace unos años, las cosas han cambiado.

La Comunidad Europea se relaciona con América Latina a través de políticas comunes, a través de otras que coexisten con las de sus Estados miembros y mediante un engarce extremadamente valioso en el plano político, que tira de todos los demás.

Relaciones vía comercio

En el plano del comercio, nuestra acción se ha orientado a robustecer el sistema multilateral centrado en la culminación con éxito de la Ronda Uruguay.

Fuera de la dinámica de la ronda Uruguay, pero lógicamente influido por ella, el sistema de preferencias comerciales comunitario otorga posibilidades adicionales de acceso a productos latinoamericanos, sobre todo industriales y semitransformados.

En 1990, la Comunidad, aprobó unas medidas para que, por un período de cuatro años, las exportaciones más importantes de cuatro países andinos (Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú) entraran en el mercado europeo en régimen de exención total de derechos arancelarios. Posteriormente se ampliaron a los países centroamericanos y Panamá.

Hace unos meses fue aprobada por las instituciones comunitarias mi propuesta sobre el nuevo Esquema del Sistema de Preferencias Generalizadas específicas para los países del Pacto Andino y Centro-América.

Para Mercosur, Chile y Méjico están ya muy avanzadas mis propuestas con vistas a unos acuerdos de asociación más ambiciosos y que constituirán, en su día, unos ejemplos de apertura comercial muy importantes.

América Latina ha perdido cuotas en el mercado internacional y en el de la Comunidad Europea.

No hay discrepancias respecto al diagnóstico.

Sí las hay respecto a su tratamiento.

Las exportaciones latinoamericanas al mercado comunitario están dominadas por los productos básicos y muestran una inadecuación fundamental con la estructura de la demanda, la producción y la tecnología que estimulan la economía internacional.

La política de la sustitución desenfrenada de importaciones ha generado efectos perversos y mantenido, demasiado tiempo, una estructura de incentivos con marcado acento antiexportador.

De aquí que la gran tarea para los próximos años sea fortalecer la inserción internacional del sistema productivo de América Latina.

De ahora en adelante, todos debemos estar convencidos que podemos exportar de todo... menos falta de calidad.

En el ínterin, la Comunidad está dispuesta a contribuir por todos los medios a favorecer la diversificación de la base exportadora latinoamericana y, a través de otra de las políticas comunes, la de pesca, ha concluido un acuerdo con Argentina y, a la vista del éxito, está explorando con otros países de América Latina.

Relaciones de cooperación

El estrechamiento de relaciones con América Latina se observa en el plano político y en el campo de la cooperación, que no es exclusivamente comunitaria

puesto que la que desarrolla la Comunidad coexiste con la que llevan a cabo nuestros Estados miembros.

En la actualidad la Comunidad, como tal, cuenta con una densa batería de acuerdos de cooperación con la totalidad de los países latinoamericanos, salvo Cuba.

Los más antiguos han sido actualizados.

Los modernos articulan de manera flexible todas las posibilidades de aplicación que se derivan de los instrumentos disponibles en el presupuesto comunitario.

La base conceptual de nuestra cooperación ha sido renovada.

Hoy pone el énfasis en:

- la contribución a la expansión de los mecanismos de mercado y acercamiento de los operadores económicos,
- la mejora de la base tecnológica,
- el equilibramiento de los sectores urbanos y rurales,
- el fomento de las dimensiones humanas del desarrollo,
- la lucha contra las drogas,
- sin olvidar los esquemas clásicos de ayuda financiera y técnica, de urgencia y humanitaria.

Igualmente se logró la decisión para que el Banco Europeo de Inversiones desarrolle ampliamente actividades de préstamo en los países latinoamericanos.

Estos fondos prestables complementarán la base financiera de la acción comunitaria, que hasta ahora se ha sustentado únicamente en donativos no reembolsables.

Relaciones políticas

Las relaciones políticas entre la Comunidad como tal y ciertos países latinoamericanos datan de 1984 y se refirieron en primer lugar a Centroamérica a través del denominado «diálogo de San José».

Es evidente que la aportación comunitaria contribuyó a favorecer el proceso de pacificación y normalización de la región.

Ciertamente hizo aparecer a la Comunidad como agente activo en una zona en la que hasta entonces no existían intereses comunitarios.

A partir de 1990, la Comunidad como tal ha institucionalizado un diálogo político con el Grupo de Río.

El resultado de todo ello ha sido que la Comunidad Europea, ausente de América Latina durante gran parte de su todavía corta historia, dispone hoy de una política claramente definida hacia la región.

Ello nos dará la posibilidad de contribuir a encarar muchos de los desafíos latinoamericanos.

La primacía de lo político en los avances de la construcción comunitaria

se refleja, pues, en nuestras nuevas relaciones con América Latina: nuestros Ministros determinan, conjuntamente, campos y prioridades de acción.

Hay uno que nos interesa en particular y que no puedo dejar de mencionar aquí: la integración regional.

Largo tiempo una figura retórica, la integración parece despertar de nuevo en América Latina.

La Comunidad es la única entidad en el mundo que dispone de la experiencia necesaria para hacer beneficiar a otras regiones de lo que cabría caracterizar como «tecnología de la integración».

Oteando el futuro

Por supuesto queda mucho por hacer. La Comunidad está envuelta en un delicado ejercicio de adaptación de sus mecanismos internos a los nuevos desafíos de la construcción europea.

Ambitos en los que la Comunidad como tal todavía no es actor, caso de la deuda, se harán más permeables en el futuro con el avance hacia la unión económica y monetaria.

La unión política hará pasar por un crisol más estructurado los diferentes intereses externos de nuestros Estados miembros. Para algunos, ya, América Latina es una prioridad que no ponen en duda los acontecimientos del Este.

El futuro es, pues, esperanzador. Y lo será mucho más en la medida en que América Latina, siguiendo la vía ya iniciada de la reforma económica, consiga resultar más atractiva para los inversores y los agentes económicos comunitarios.

En algunos países latinoamericanos hemos observado cómo estos últimos han reaccionado rápidamente.

Chile es una «success story» brillante.

Mercosur, no le va a la zaga.

Desde hace unos pocos años se señala cómo, después de una larga pausa, la inversión extranjera retorna hacia América Latina.

La esperada recuperación de algunos de los más importantes países del continente estimulará, sin duda, tal evolución.

Sobrepasando todas las dificultades del pasado la Comunidad, como tal, se ha vinculado con América Latina. Lo que hemos avanzado en estos años constituye una base sólida para otear el futuro con optimismo.

Quisiera terminar aquí esta exposición subrayando una idea fundamental *en Bruselas no hemos compartido nunca el pesimismo que ha parecido dominar a veces en diversos círculos políticos e intelectuales sobre el futuro de América Latina.*

En Bruselas conocemos bien el fenómeno del pesimismo: todavía están próximos los tiempos en que era habitual referirse a la «euroesclerosis».

Hoy la Comunidad está más activa y pujante que nunca.

El ejercicio político de imaginación que hemos desarrollado en estos años es repetible en otras latitudes.

América Latina se ha lanzado en los últimos años a una gran aventura. Yo estoy convencido de que los nuevos enfoques políticos y de política económica que se abren paso en la región conducirán a ésta a un futuro brillante.

Será un futuro del que, con seguridad, la Comunidad Europea no estará ausente.